Con María bajo la luz del Espíritu, discernir el camino y encender un nuevo ardor misionero

OBJETIVO DEL RETIRO:

Dejarnos abrazar por el Espíritu Santo en compañía de María para que, a través del discernimiento, Él haga renacer en nosotras la alegría de la propia vocación y encienda el fuego de un nuevo ardor misionero.

ENFOQUE:

Queremos abrir las puertas del corazón, como María en el cenáculo, para que el Espíritu Santo sea quien obre en nosotras. Más que centrarnos en lo que hacemos para el Señor, deseamos ser, junto a Ella, espacio habitado donde Él actúe, renovando nuestro asombro por el don de la propia vocación. En el discernimiento, pedimos que ese mismo fuego nos haga descubrir que, en cada tarea sencilla, es su fuerza la que mantiene encendido nuestro ardor misionero.

PREPARACIÓN DE LA ORACIÓN

1. Sentadas con la espalda recta, cerrar los ojos. Realizar tres respiraciones profundas, inhalar paz, exhalar tensiones. Sentir el peso del cuerpo sobre la silla y soltar los hombros.
2. Imaginar que el Espíritu Santo es como una brisa suave que entra en el pecho, calmando las preocupaciones del día a día y las ansiedades por el futuro. Visualizar un lago tranquilo. Cada pensamiento que llegue es una onda en el agua que se va disipando hasta que solo queda el reflejo de la luz.
3. **Petición:** Ven, Espíritu Santo, que este retiro sea el abrazo donde me deje moldear por Ti. Renueva en el silencio de Nazaret mi experiencia vocacional, para que, a ejemplo de María, mi entrega sea siempre fidelidad creativa y mi labor diaria, fuego de un nuevo ardor misionero. Amén.

DESARROLLO DE LA ORACIÓN:

"Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (Hech 1,14).
"Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse" (Hech 2,1-4).

El camino de nuestra vida consagrada como Operarias de la Sagrada Familia encuentra su fuente siempre nueva en la capacidad de dejarnos abrazar por el Espíritu Santo. Este abrazo, que hoy contemplamos en el misterio del cenáculo, donde la Iglesia nace en la oración compartida «con María,

la madre de Jesús» (Hch 1, 14) y bajo la fuerza del viento impetuoso (Hch 2, 1-4), no es una emoción pasajera, sino el fundamento de todo discernimiento auténtico. Como nos recuerda el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: *"Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización" (n. 284)*.

María junto a los Apóstoles, sostiene la esperanza y la unidad en la espera del Espíritu. Tras la partida de Jesús, Ella acepta la misión que su Hijo le dio como madre. No se retira, acompaña, se queda en el corazón de la Iglesia naciente. Es el puente que mantiene unido al grupo en el momento de la incertidumbre. Con Ella presente el Espíritu enciende un ardor misionero que los lanza con audacia y valentía a anunciar a Cristo Resucitado.

Con María, el discernimiento comienza en la humildad de reconocer que el regalo de la propia vocación es una gracia que se renueva cada mañana en el silencio de Nazaret. Al contemplar nuestra consagración bajo su mirada materna, el Espíritu nos invita a pasar de una fidelidad de costumbre a una fidelidad creativa: *"Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy"* (Vita Consecrata, n. 37), donde cada gesto de nuestro trabajo y cada instante de nuestra vida comunitaria se conviertan en un lugar de escucha.

Discernir es aprender con María a leer la presencia de Dios en lo cotidiano, purificando la mirada para descubrir que el nuevo y profundo ardor misionero nace de la docilidad a su impulso, "*Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida*" (Gaudete et Exsultate n. 175). La Iglesia nos enseña que el discernimiento es una verdadera salida de sí para hallar qué es lo que el Señor quiere de nosotras hoy. Esto significa transformar nuestros servicios cotidianos en un cenáculo abierto, donde el fuego del Espíritu queme el cansancio acumulado y encienda la audacia de la caridad.

Solo cuando, como María, nos vaciamos de nuestras propias seguridades, el Espíritu puede llenar nuestra casa con su viento impetuoso, recordándonos que nuestra misión es radical porque nace de una pertenencia total a Cristo. Así, la alegría de la vocación se convierte en un fuego que no se consume, sino que se contagia, haciendo que nuestro servicio sea un reflejo vivo de la Sagrada Familia, siempre atenta a los planes del Padre y siempre dispuesta a servir a la humanidad con un corazón ardiente en misión.

"Nuestra Iglesia nunca ha muerto porque está animada siempre por el Espíritu de Dios que le dio vida un día de Pentecostés, y la sostiene viva mediante un Pentecostés permanente.

Por este Espíritu de Dios la Iglesia ha podido perdurar como signo eficaz de salvación en medio de una humanidad cambiante… inserta en esta humanidad evolutiva, evoluciona con ella, y con ella pone al día su conciencia, afina su sensibilidad, acaricia esperanzas nuevas y acomete empresas antes no imaginadas.

Sin esta capacidad que el Señor ha impreso a su Iglesia para seguir el paso de las inquietudes y problemas humanos, nuestra Iglesia habría quedado al margen de la historia, y nosotras -Operarias de la Sagrada Familia, mujeres de Iglesia- habríamos quedado fuera de ella. Muchas veces nos hemos retrasado, hemos llegado tarde; pero, al fin, el Espíritu sopla en nuestras velas, endereza el rumbo y nos pone a tiempo, al tiempo de la historia y de la humanidad…" (XI Capitulo General, Instrumento de Trabajo, abril 1993, pág. 14).

"Reconocemos en María el don de ser la Madre de Dios, madre nuestra y madre de la Iglesia, ejemplo de singular consagración, elegida por el Señor, para realizar en ella el misterio de la Encarnación, cercana a Cristo, junto con José en la vida oculta de Nazaret.

En María encontramos el camino privilegiado para vivir en fidelidad la propia vocación y el modelo de fecundidad espiritual como mujeres consagradas" (Const. 7).

PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿En qué momentos reconozco que el Espíritu Santo lleva el timón y en qué otros me resisto a perder el control?
2. ¿De qué manera mi presencia entre las hermanas es como la de María, un puente que facilita la unidad y la esperanza?
3. ¿Qué gestos o actitudes de mi entrega cotidiana necesitan ser tocados por el fuego del Espíritu para recuperar el asombro del primer amor y me lance a un nuevo ardor misionero?

EXAMEN DE ORACIÓN

Lo que más me llamó la atención del tema de meditación	Sentimientos predominantes	Estado espiritual (consolación, desolación, tiempo agitado o tranquilo)	Impulsos del buen Espíritu (mociones)	Impulsos del mal espíritu (tretas)	**Invitaciones de Dios y** ¿Cómo le respondo hoy?

ADORACIÓN AL SANTÍSIMO

Hermanas, nos unimos a nuestros fundadores, que fueron profundamente eucarísticos y supieron dejarse guiar por el Espíritu en la misión que el Señor les confió.

Al igual que María, en oración con los Apóstoles, este encuentro nos impulsa a ser un pilar que sostiene, puente que une, Pentecostés permanente en el corazón de nuestros pequeños poblados para sostener la unidad y la esperanza de las familias.

Presentemos a Jesús Sacramentado las luces que hoy nos ha regalado, Él nos da la fuerza y la sabiduría para consolidar nuestra fraternidad comunitaria y retomar la misión con nuevo ardor misionero.

Compartimos en comunidad el esquema del examen de la oración

Evaluación comunitaria